

Paolo de Lima, *Silenciosa algarabía* Lima, Tranvía Editores, 2009

Willy Gómez Migliaro

Paolo de Lima formó parte del grupo poético Neón (1990-1993), que en Lima buscó cierta notoriedad lanzando algunos manifiestos nada sorprendentes, pero, a costa de correr nuestro aprendizaje cuando queremos ser serios al escribir, este dio sus buenos frutos. Prueba de ello son los libros de Miguel Ildelfonso y este poemario que nos convoca, *Silenciosa algarabía* (Lima, Tranvía, 2009), porque antes ya De Lima nos había entregado *Cansancio* (Filadelfia, 1995 y Lima, 1998) y *Mundo arcano* (Lima, 2002), amén de artículos y ensayos en revistas de Perú, Chile, México, Estados Unidos, España y Canadá, país donde realizó su doctorado en Literatura.

Tras la lectura de *Silenciosa algarabía*, debo decir de saque que es su obra más lograda estéticamente. La construcción se presenta en una sucesión de ritmos que alcanzan la letanía y la complicidad del silencio. Y no es todo: *Silenciosa algarabía* está construida sobre su fin que sería la comunión con lo real, pero también es construcción de a-temporalidad, o sea, el secreto de nosotros mismos. En ese sentido, este libro se yergue como un novedoso ejemplo de una corriente que supera el coloquialismo lineal de generaciones anteriores y de sus jóvenes serviles, complicando así las clasificaciones fáciles.

El conjunto se abre ya desde el título con un verso de la gran Blanca Varela («Poesía. Silenciosa algarabía del corazón»), y no viene a ser sino el encantamiento, el disfrute y la contemplación de los objetos y los seres en su movimiento de traslación y retorno sobre un campo de acción donde todo es confuso. *Silenciosa algarabía* es, sobre todo, el balbuceo de un hablante y su temor frente a la construcción del caos: «Pero ahora que los huesos del cielo ya no son de los rezos / ahora que como de un lugar abandonado alejamos nuestras verdades / para depositarlas en la superstición del gatillo / no es un monstruo el que bucea en la línea del sueño / por donde las cosas se deslizan / en la vibrante madrugada de la arrojada marea».

La voz poética provoca sus erupciones hasta crear la forma callada de una reflexión («uno inventa la figura que la memoria persiste / y es el poema

el que nos medita en el desorden / que sin llamar organiza el rugir del mar en uno»), porque al nombrar las cosas y los seres se abstiene de sus realidades y halla un campo donde mejor se compone de lo real: «¿Quién cuenta las horas alrededor de una vieja esquina / en las mañanas que bailan? Carros mensajes, sinfín de juegos / en una riña que sutura: el espejo tiene de la ausencia / su sombra».

Si desconocemos la historia, no podemos olvidar sus procesos, parece advertir Paolo de Lima en el poema «Una historia que no se pueda fijar...», pero esta da su giro cuando intenta asegurarse del contrapoder de la historia de la escritura: «Aborto del punto derramándose en la línea, fluyendo / en los pliegues y los bordes, entre los entres, en el medio / exacto de su nacimiento». Se desplaza luego a caídas superpuestas en otra escritura para comenzar con impresionantes silencios y seguir nombrando sus propias fundaciones sobre lo frágil, lo que será destruido en breve: la ciudad sobre otra ciudad: «Ottawa y Montreal viven juntas / en un desierto de campo inundado de ríos y lagos / donde los cielos intercambian su escenografía / sus llantos». Después el paso a los otros, las migraciones, los estacionamientos en los que una mirada fija los ponientes desde la visión del retorno, donde sabe ser bello el único momento de creación. Finalmente, el reconocimiento y la memoria de aquello que fundamos y vuelve a la destrucción, la imagen del cuerpo intentando emerger.

Poesía contenida y a la vez vertiginosa, palabras que buscan fugarse de la fatalidad a la fascinación, fuerzas irracionales que la voz reconoce y las nombra como el misterio de la propia naturaleza. Seduce la fluidez de imágenes que se desplazan desde un todo cotidiano hasta no dejar nada sino su propia destrucción: «No es un trazo esta línea que balbucea / como mancha de ceniza en las heridas del día / las heridas del mundo como un parche / o una ruina dentada buscando las imprecaciones en los péndulos del estío / en los silencios de cristal que la daga hunde / para invadir el invierno». Ciertos vacíos para volver a contener los objetos o los seres de la reflexión.